

cinturon de terciopelo,
y pendiente de él la espada.
Que era osado, lo decian
los perfiles de su cara:
que era rico, estaba claro,
pues de ello señales daban,
la pompa de sus vestidos
y su altivez extremada.
Y, en fin, de su ilustre cuna
y esclarecida prosapia,
daba testimonio un paje
que detrás de él caminaba,
llevando un cojín preciado
con pasamanos y randas,
en cuyo centro lucia
el escudo de sus armas.
Al verle, detuvo el paso
llena de asombro la dama,
y el suyo alargó el mancebo
por llegar á saludarla.
Tal vez más de un paseante,

con sobrada suspicacia,
juzgó cita aquel encuentro
con asomos de emboscada.
Pero al fijarse un momento
en la luz de las miradas,
cualquiera hubiera advertido
que aquella escena tan rara,
era el preludio tremendo
de una singular batalla,
que vino al cabo á romperse
con semejantes palabras:

Dama.

Si en algo teneis mi honor,
dejadme, por vida mia,
que á fe que tanta porfía
tiene visos de rigor.
Ya tan solícito amor
el limite justo pasa;
y si aquí no poneis tasa

á la fuerza que me haceis,
cuidad que me obligareis
á que me vuelva á mi casa.

Galan.

Mucho siento por mi honor
no ceder en mi porfía,
que á tal me obliga á fe mia
vuestro extremado rigor:
la violencia de mi amor
el humano esfuerzo pasa;
quisiera ponerle tasa,
mas que es inútil vereis,
porque si á casa os volveis,
yo os seguiré á vuestra casa.

Dama.

¿Es decir, que está demás
poner raya á tal quimera?

¿Es decir, que adonde quiera
me habeis de seguir detrás?

¿Conque no podré jamás
vencer vuestro desvarío?

¿Conque mi eterno desvío
no tendrá con vos poder,
estando resuelto á ser
tirano de mi albedrío?

¿Conque no estais satisfecho
con dar vado á mil rumores
vistiendoos con mis colores
sin permiso ni derecho?

¿Conque vuestro duro acecho
habré siempre de sufrir,
y no lo podré impedir,
pues no me habeis de dejar,
ni de dia sosegar
ni por las noches dormir?

Pues mirad cómo ha de ser;
porque es necia presuncion,
pretender tan sin razon
obligar á una mujer.
Que yo no os puedo querer,
dicho está con demasia:
conque ved, por vida mia,
quién triunfará de los dos;
si de mis desdenes vos,
ó yo de vuestra porfía.

Galan.

Cuanto hagais está demás;
pues fijo en esta quimera,
yo os seguiré adonde quiera
como una sombra detrás.
Que no venceré jamás,
es acaso un desvario;
sufiré vuestro desvío,
pero poco he de poder,

ó al fin y al cabo he de ser
dueño de vuestro albedrío.

Ya veis cómo voy al hecho,
pues, provocando rumores,
hoy visto vuestros colores
sin licencia ni derecho:
siempre de vos en acecho
hasta que os logre rendir,
me tendreis que resistir,
pues no os habré de dejar,
ni de dia sosegar
ni por las noches dormir.

Bien sé que os puedo ofender
con tan dura pretension;
pero está mi corazon
interesado en vencer:
sois tenaz, pero mujer;
yo amante y con osadía:
conque ved, señora mia,

quién triunfará de los dos;
si de mi insistencia vos,
ó yo de vuestra porfía.

Dama.

¿Conque no me he de librar
de tan importuno asedio?

Galan.

Será en vano, aunque por medio
pongais la tierra y el mar.

Dama.

Ved que tan recio apurar,
en ningun noble está bien.

Galan.

Ved que tan duro desdén
es quien mi audacia provoca.

Dama.

Ved que de enojo estoy loca.

Galan.

Ved que yo lo estoy tambien.

(Momento de pausa.)

Dama.

Pues desatentado y ciego
os mostrais tan mi enemigo
que ningun favor consigo
de la súplica y del ruego,
seguid; mas no extrañeis luégo
que amparo y ayuda pida;
pues mujer y perseguida,
bien es que busque favor
contra el que con torpe amor
pretende ser mi homicida.

Galan.

¡Oh!.... no altera mi sosiego
la amenaza de un castigo,
que no ha de poder conmigo
lo que no ha podido el ruego.
No importa que torpe y ciego
cuentas un galan me pida:
dama vos y perseguida
bien es que busqueis favor,
mas yo no cejo en mi amor
aunque me cueste la vida.

Y terminando el coloquio
los dos en són de amenaza,
detrás él y ella delante
por la calle Mayor bajan,
admirando á los curiosos
que en tal ocasion poblaban
lonjas, átrios y portales,
miradores y ventanas.

IV.

Frente á frente á la plazuela
que es de la villa blason,
se alzaba entonces un templo,
templo de San Salvador.
Archivo de añejas glorias,
rico en trofeos de pró,
mostraba sobre su puerta
el ya enmohecido balcon
de la estancia adonde un dia
de Alfonso onceno á la voz
diz que vinieron á Córtes
con gran pompa y esplendor,
los hidalgos de Castilla
y los nobles de Leon.

Coronando este edificio
del Concejo guardador,
se levantaba sombrío
un famoso torreón,
que fué en altura y grandeza
soberbio competidor
de la torre que la córte
sobre Santa Cruz alzó.
Tal vez á aquesta atalaya
la popular narracion
mil historias referia
de hazañas de gran valor;
pues no habiendo en este templo
cosas de más atencion,
en algo estribar debia
el aplauso y el favor
que de la córte y del pueblo
por aquel tiempo gozó.
Y es el caso, que agrupados
en amigable reunion,
contemplando del concurso

el lujo deslumbrador,
se hallaban varios mancebos,
que, á juzgar por su expresion,
eran hidalgos de seso
y espíritu observador.
Tal vez á guisa de zumba
y de alegre burla en són
criticaban á los necios
que hervian en derredor,
y alguno se lamentaba
de aquella generacion
que iba perdiendo sus brios
de los placeres en pos;
pues el más serio de todos
y el más áspero de humor.,
murmuraba aquellas frases
con asomos de razon :
— “Á cascajo suena el mundo ;
sin duda nos deja Dios,
pues en achaques de vicio
vamos de mal en peor.

Muriendo está la vergüenza,
que mala landre la entró
de ver que todo lo puede
el dinero pecador.

Mátanla los genoveses
á pellizcos de bolson,
que el que más tiene más vale,
y el que más gasta es mejor.

Hoy las damas correntonas,
siguiendo el uso buscon,
truecan suspiros por doblas,
y á peso dan el amor.

El único que se corre
de tan vil transformacion,
es el pobre de Cupido;
pues como ve con rubor,
que solo alcanzan las galas
lo que ya sus flechas no,
anda buscando prestadas
unas calzas y un jubon,
para remediar sus carnes

curtidas á puro sol.
¿Qué dijera, vive el cielo,
el buen Hernan de Alarcon,
si ahora asomase á esa torre
su gesto amenazador?
¿Qué dijera de estos tiempos
al ver á tanto varon
sin brizna alguna de seso
y sin pizca de pudor?
¿Qué dijera de los dengues
de tanto barbilindon
como bulle y se rebulle
por esta calle Mayor?
¿Qué dijera de esas niñas
con caras de tornasol,
que por tomar el acero
suelen tomar el doblon?
¿Qué dijera al ver trocadas
en dura espina la flor,
la valentía en jactancia,
el saber en presuncion,

la virtud en mercancía,
en vileza el pundonor,
en poquedad la entereza,
y en ruindad la discrecion?
Si esto con Hernando vieran
el galan Emperador,
y aquel Cardenal ilustre
que tanta gloria alcanzó,
sospecho que amostazados
de tal afeminacion,
á coces emprenderian
con tanto rufian traidor,
como sin pena ni duelo,
y como sin ton ni són,
enlodazan los laureles
con que Marte engalanó
la plazuela de la Villa
y la plaza del Cordon.” —

Iba á seguir su discurso
el galan predicador,
cuando al sitio donde estaba,
bella una dama llegó,
murmurando aquestas frases
con suplicante clamor:

—“Amparadme, caballeros,
prestadme ayuda, por Dios,
que el que me viene siguiendo
viene en contra de mi honor.”—

Á estas voces, el concurso
paso á la dama dejó:
púsose de parte de ella
al momento el del sermon,
y ante su ademan paróse
el galan perseguidor.

Miráronse de hito en hito
y en faz de riña los dos,
brotando fuego los ojos
y soberbia el corazon.

Al cabo de un breve instante

uno el silencio rompió ,
y entablóse este coloquio
entre amante y defensor :

El defensor.

De aquí no habeis de pasar ,
ó conmigo os vais á ver.

El amante.

Pues mirad cómo ha de ser,
porque yo pretendo entrar.

El defensor.

Será inútil porfiar.

El amante.

¿Me amenazais?

El defensor.

Si por cierto.

El amante.

Pues abrid paso.

El defensor.

Os advierto
que soy muy terco.

El amante.

Y yo, á fe.

El defensor.

Pues bien, si moveis un pié.
por vos tocarán á muerto.

El amante.

¿Es propia de este lugar
una agresion tan aleve?

El defensor.

En cualquier parte se debe
á una mujer amparar.—
No sois vos quien me ha de dar
lecciones de alto saber,
pues sospecho que ha de ser
poco galan y discreto,
quien tan sin ley ni respeto
atropella á una mujer.

El amante.

¿Sabeis si tengo razon?

El defensor.

Ni me importa conocella :
bástame solo el que ella
me demande proteccion.

Conque ved en conclusion
lo que os dicta el interés;
si reñir, riñamos pues,
que ya hagamos bien ó mal,
presumo que cada cuál
obrará como quien es." —

Y echando mano á la espada
con fiera resolucion,
iba á emprender á mandobles
con el galan agresor,
cuando por medio del corro,
suspendiendo la funcion,
con talante autorizado
un caballero se entró.

—¿Qué es esto? dijo en voz alta;

¡Duelos en tal ocasion!

¿Cómo á tal cosa se atreven

junto al templo del Señor?

Mas, ¿qué veo? ¡Dos personas
de linaje y distincion

riñendo aquí y en tal día!
¡Está bueno, vive Dios!
—Ilustre conde de Lemos,
dijo el noble defensor;
por la causa que aquí riño
riñera en la iglesia yo,
que aquí defiendo una dama
contra una torpe agresion.
Huyendo de este mancebo,
amparo me demandó;
con dárselo, cumplo y obro
como hidalgo y español.
—Mancebo, ¿de todo aquesto
que teneis qué decir vos?
¿Callais? ¿tornais la cabeza?
¿No me dais contestacion?
¡Que así se conduzca un hijo
de un buen Alcalde Mayor!
¡Hola!.... acerquen mi litera,
que sale la procesion:
suba en ella aquesa dama;

y en premio de su valor,
acompañela á su casa
quien como bueno cumplió.
Vos, desacordado mozo,
id á la vuestra en prision;
y si salís á la calle
en tres dias, juro á Dios,
que os ponga donde en diez años
no volvais á ver el sol.” —

Y ejecutándose al punto
cuanto dispuso su voz,
desvaneciósse el concurso,
que alegremente aplaudió
del buen Don Pedro de Castro
la noble resolucion.

V.

La noche del Jueves Santo
era por aquellos tiempos,
más que noche de oraciones
noche de fiesta y de enredos.
Puntos de cita obligados
eran entonces los templos,
que eran *muy fieles* entonces
las damas y los mancebos.
Las lonjas, siempre pobladas,
eran el vivo reflejo
de una feria extraordinaria
con sus tiendas y sus puestos;
que en todas partes habia,
para débiles ó hambrientos,
cajones de confituras,

armatostes de buñuelos,
mesas con pastas y hojaldres,
y pastelones rellenos.
Gritaban los vendedores
como en un mercado abierto,
juzgándose desde fuera
libres de todo respeto.
Los chicos compraban tortas,
bollos y hojaldres los viejos,
las mozas roscas y anises,
y los mozos dulces secos.
Y entre la gresca y la zambra
de tan gentil jubileo,
sobre el murmullo se oía
el grave y sonoro acento
del fraile que predicando
exclamaba desde dentro:
—“Hijos, haced penitencia,
mortificad los deseos,
quebrantad los apetitos
y atormentad vuestros cuerpos;

guardad fieles el ayuno
que es de la gula el remedio;
que el que ayuna eternamente
gana el reino de los cielos.” —

Y las gentes que escuchaban
tan provechosos consejos,
en són de zumba decían,
(y entre dientes, por supuesto):

—“Bien habla el padre, por Cristo;
el ayuno es lo primero,
mañana será otro día,
y mañana ayunaremos.” —

Y unos compraban pasteles,
otros compraban buñuelos;
y en solemnidad del día,
y en honor de sus misterios,
los chicos tragaban tortas,
bollos y hojaldres los viejos,
las mozas roscas y anises
y los mozos dulces secos.

Dentro de los templos era
el asunto algo más sério;
en medio de los altares
brillaban los Monumentos,
á cual más rico y vistoso,
de flores y luces llenos.

En torno la guarda hacian
mil damas y caballeros;

Ellas prendidas y hermosas,
de gala y vistosos ellos,

lanzándose mutuamente,
entre suspiros y rezos,

miradas harto profanas,
frases en són de requiebros.

Las entradas y salidas
eran todo un hormiguero

de mendigos y rufianes,
de ladrones y gaiteros;

Y eran tales los apuros
y tan graves los aprietos,

que dentro y fuera se oía

un continuo clamoreo
de votos y de por vidas,
de pesies y de reniegos.
No era el cuadro edificante
ni de muy cristiano ejemplo;
mas tal como el cuadro era,
tal, lector, te lo presento.
A qué punto llegaria
la profanacion, lo dejo
á tu cristiano juicio
y á tu claro entendimiento.
Bástete saber que al cabo
un rey piadoso y discreto,
dió una pragmática entonces
para ahogar tales excesos;
pues era tal la franqueza,
tal la licencia y extremo
á que en materias tan graves
osaron nuestros abuelos,
que á no poner el rey mano
con gran discrecion en ello,

Dios sabe adonde llegaran
las faltas de miramientos,
como tú juzgarlo puedes
por el siguiente suceso.

La noche de Jueves Santo
del año á que me refiero,
en San Martin se ostentaba
magnífico el Monumento.
Estaba hermosa la iglesia,
hecho el altar un lucero,
el coro lleno de frailes,
y el abad con mitra y cetro.
Cantábanse las tinieblas
con santo recogimiento;
escuchaba el auditorio
aquel cántico en suspenso,
cuando un extraño ruido
seguido de un *ay* supremo,
interrumpiendo los salmos
dejó á la iglesia en silencio.

¿Qué fué aquello? No se sabe,
solo algunos fieles vieron
á los piés de un hombre airado
una mujer en el suelo.

Abrióse entre aquel concurso
paso un airado mancebo,
y cogiendo por un brazo
al autor de aquel exceso,
sacólo mal de su grado
hasta la lonja del templo.

Y una vez fuera, le dijo
con voz ronca y torvo ceño:

—“Quien á su Dios no respeta
no tiene entrañas de bueno;
quien hiere el rostro á una dama,
ni es noble ni caballero:

Sacad al punto la espada
si á reñir no teneis miedo,
porque á negaros cobarde
os mato aquí como á un perro.”—

Y sin otras discusiones,

ni otras disculpas ni peros,
ambos con rabia sañuda
en el átrio se embistieron.

La lucha duró muy poco,
porque en ménos de un momento
cayó el agresor de espaldas
con una herida en el pecho.

—“Dios te ampare,” exclamó el vivo,
viendo á su adversario muerto.—

Y los que vieron la riña,
llenos de terror huyeron.

Dobló el mancebo una esquina
con gran reposo y sosiego;
la iglesia apagó las luces,
el átrio quedó desierto;

y cuando al cabo la ronda
llegó á entablar el proceso,
solo un testigo, uno solo,
que vió aquel lance tremendo,
dijo en secreto al alcalde:

—“El matador fué QUEVEDO.”—

CONCLUSION.

Nápoles 20 de Mayo de 1611.

QUEVEDO AL CONDE DE LEMOS.

“Ya me tiene aquí ucelencia
 libre de toda inclemencia;
 que, á su afecto y mi fortuna,
 debo que el duque de Osuna
 hoy ampare mi existencia.

Para salir de esa villa
 hasta acogerme á buen puerto,
 he sido lince y ardilla:
 ¡tal me acosaba en trailla
 la parentela del muerto!

El padre, como es razon,
soñaba con la ocasion
de echarme una sogá al cuello;
mas como no ha dado en ello
le perdono la intencion.

Padrazo, juez y ofendido,
¿qué hiciera á haberme cogido?
pero á estar más enterado,
juzgo que me hubiera dado
las gracias por lo ocurrido.

Pues siendo al mundo notorio
que nuevo Don Juan Tenorio
era el tal mozo, en lo interno,
deshecho del purgatorio
y astilla para el infierno;

Á vivir, hubiera dado
mucho que hacer al cuitado
que llora al que muerto yace:

¡Dios sabe lo que ha pasado;
conque *requiescat in pace!*

En cuanto á la hermosa dama
que fué del difunto cebo,
secreto el caso reclama;
y al callar, cumplo cual debo
con los fueros de su fama.

Juzgue el mundo lo que quiera
de esta sangrienta quimera:
yo mi causa os encomiendo;
si el resultado es tremendo,
salga el sol por Antequera.

Falle á su antojo la Audiencia,
que el fallo espero sin miedo,
muy tranquilo de conciencia:
Es todo de vuecelencia,
Don Francisco de Quevedo.»

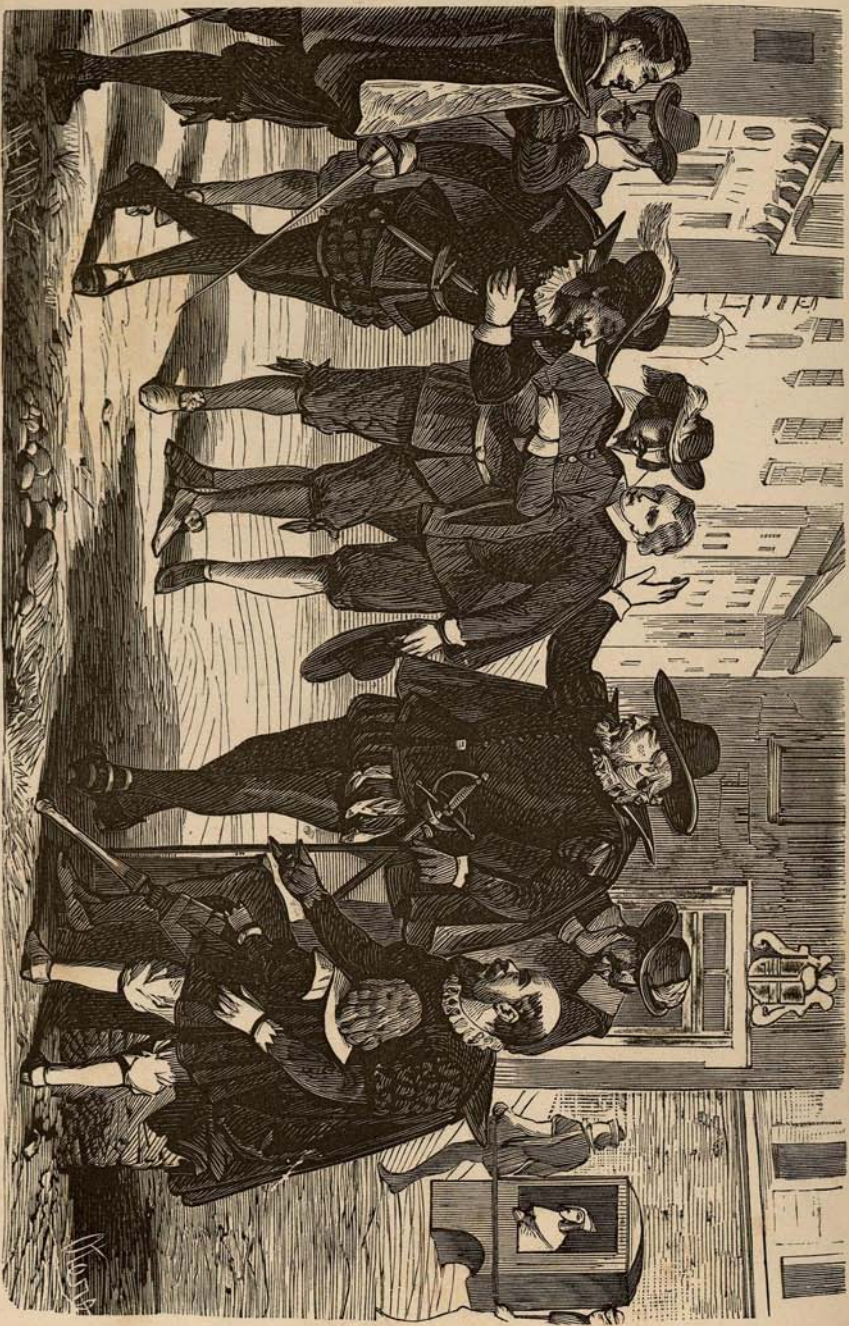
EL FACEDOR DE UN ENTUERTO
Y EL DESFACEDOR DE AGRAVIOS,

HISTORIA BREVE DE UN MUERTO
RELATADA POR SUS LABIOS.

1615.

*A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros
no fuera en verdad.*

CERVANTES.—Don Quijote.



EL FACEDOR DE UN ENTUERTO Y EL DESFACEDOR DE AGRAVIOS.

EL FACEDOR DE UN ENTUERTO
Y EL DESFACEDOR DE AGRAVIOS.

I.

Allá por aquellos tiempos
que asómbran al recordarse,
porque lucen en la historia
con esplendores radiantes:
en esos tiempos dichosos,
envidia de otras edades;
tiempos que dieron á España,
con poder incontrastable,
la posesion de la tierra
y el dominio de los mares;
en esos tiempos felices

en que á glorioso certámen
se llamaron á porfia
letras, armas, ciencias y artes :
certámen que está pendiente
y que no ha resuelto nadie ,
porque ni entonces se supo,
y aun hoy mismo no se sabe ,
si Márte triunfó de Apolo,
si Apolo triunfó de Márte ;
en esos tiempos que digo,
y que hicieron inmortales,
de un lado Don Juan de Austria,
modelo de capitanes ;
de otro Frey Lope de Vega,
el monarca de los vates ;
y, en fin , á cuya grandeza
sirve de ilustre remate
la imperecedera fama
del buen Miguel de Cervantes ;
si las historias no mienten
y archivos cuentan verdades ,

dicen que por esos dias
hubo en Madrid una calle,
y en la calle una plazuela
ni muy chica ni muy grande.
No era, por cierto, el tal sitio
ni vistoso ni notable;
la calle más que mediana,
entre humilde y entre grave;
la plazuela escueta y pobre,
con visos de miserable;
sin pizca alguna de adorno,
desprovista de ramaje,
abierta por todos lados
como un pastelón de hojaldre;
cuatro bancos de ladrillos
eran todo su menaje,
desconchados por el uso,
por la lluvia y por el aire.
Sin embargo, aunque tal centro
era poco deleitable;
aunque el espacio era estrecho

y escaso en comodidades,
era allí la concurrencia
tan numerosa y constante,
que jamás halló el cansancio
lugar donde aposentarse.

¿Por qué razon ó motivo
en un sitio semejante,
se agolpaba diariamente
concurso tan formidable?

Al registrar de la córte
los planos y los anales,
la respuesta es muy sencilla
y la explicacion muy fácil.—

—Era la calle del Prado
entonces, como esos baches
que se llenan con las aguas
que afluyen de varias partes.

Por un lado le enviaban
su concurso los *Corrales*,
solar de la pátria escena
y humilde cuna del arte.

De otro lado San Jerónimo
mandaba sus paseantes;
calles de Leon y Francos
que están cosidas al márgen,
daban suelta alegre y franca
á gaiteros y rufianes,
vecinos de Cantarranas
y honor de sus arrabales.
Y es que siendo la plazuela
de tales arroyos cáuce;
siendo, en fin, el *Mentidero*
de *histriones* y *comediantes*,
harto claro se concibe
que en tiempos tan memorables,
debió ser cosa de gusto
ir por allí á solazarse.
Porque á tal punto acudian
hidalgos de tal pelaje,
se hablaba allí de tal modo
de cosas y asuntos tales,
con tan varias actitudes

y tan raros ademanes,
que el que una vez presenciaba
los mil y un curiosos lances
á que daban forma y vida
sus disputas siempre graves,
impelido de una fuerza
de atraccion insuperable,
bajaba allí eternamente
por mañanas y por tardes,
á fin de encontrar asiento
y no perder ni un detalle
de todo cuanto ocurría
en aquel breve aquelarre.
Pues era la tal plazuela,
nuevo campo de Agramante,
por el murmullo una selva,
un mar por el oleaje,
colmena por el zumbido,
por la muchedumbre enjambre:
y en fin, por decirlo todo
de una vez y en pocas frases,

era aquel sitio el reflejo,
copia fiel, y viva imágen
de un patio lleno de locos
en una casa de Orates.

II.

Rey de aquella monarquía
era un hidalgo fiambre,
grotesco por su figura,
y grotesco por su traje.—
Llamábase Gil Zapata;
era delgado de talle,
largo de piés y de manos
y amojamado de carnes.
Sus ojos eran centellas,
todo su gesto vinagre,

más hablador que un barbero
por Páscoa de Navidades.
Bigotes desparramados
adornaban su semblante,
cuyas puntas parecían
dos torcidos gavilanes:
y en su cuello acartonado
se asomaba vergonzante,
una nuez de tal volúmen,
tan movediza y tan frágil,
que, brújula de cocinas,
y barómetro del hambre,
era de las que Quevedo
llama afrentas del gazzate,
porque en busca de mendrugos
de los gargüeros se salen.
El sombrero rasurado
encubridor del pelámen,
era soberbio de faldas
con sus puntas de alamares.
Cintillo nunca lo tuvo;

pero en cambio, su plumaje
era como los llorones
que al pié de las tumbas yacen,
meciendo eternos respuestas
sobre el *requiescat in pace*.

La gorguera..... ¡qué gorguera!
no vino mayor de Flandes,
ni tuvo rueda de carro
llanta de mejor encaje.

La capa..... ¡Dios la bendiga!
jamás la llevó estudiante
más lucida de remiendos
ni más supina de estambres.

Sujeta por un corchete
y echada atrás al desgaire,
dejaba ver un colete
terso como el azabache,
una espada toledana
con honores de montante;
gregüescos de cordoncillo,
calzas sembradas de parches,

sujetas por los jarretes
con dos ligas de granate;
y, en fin, zapatos de punta
y orejas descomunales,
con dos vidrios sobrepuestos
con asomos de diamantes.—
Verle era cosa de pasmo,
cosa de asombro escucharle;
más locuaz que un zapatero,
más embustero que un sastre;
alma y vida de aquel sitio,
bullendo por todas partes,
ora relatando triunfos
de sus verdes mocedades;
ya refiriendo derrotas
de poetas y juglares,
no dejando fama á vida,
ni honra en que no se cebase;
era el señor Gil Zapata
encarnacion ambulante
de esos críticos de oficio,

legos, pero lenguaraces,
que á todo el mundo maltratan,
sin guardar respeto á nadie.
Por esto, por su figura,
ó tal vez por su carácter,
más emprendedor y osado
que el de un caballero andante,
el Quijote de la villa
dieron al cabo en llamarle;
que era tal su extravagancia,
su fama tanta y tan grande,
que en Madrid le conocian
desde el Prado al Manzanares,
desde el Campo de Manuela
hasta la Ermita del Ángel.—
—Era tambien de aquel sitio
fijo y perenne cofrade,
otro hidalgo de buen rostro,
aunque enfermo y venerable.
Su estatura era mediana,
descolorido el semblante;

la boca un tanto risueña,
el mirar dulce y afable,
la barba poca y mal puesta,
la frente espaciosa y grave,
corto el cabello, y más blanco
que las nieves de los Alpes.
Llevaba un ancho sombrero
sin cintas ni tafetanes;
jubon de estameña oscura
con las aldetas iguales,
gregüescos bastante usados
con su poco de follaje;
calzas bordadas de verde,
capilla corta y flotante,
espada y daga en el cinto,
y un baston en que apoyarse.
Llegaba allí lentamente
fatigoso y jadeante:
dábanle asiento en un banco
por respeto á sus achaques;
y embelesado y gozoso,

entre histriones y farsantes,
pasaba el tiempo escuchando
aquellos fieros alardes,
hasta que soplando al cabo
las auras vespertinales,
le ahuyentaban de aquel sitio
con paso tardo y cobarde,
como el que marcha abrumado
por la edad ó los pesares.—
¿Quién era? Nadie lo supo
ni intentó saberlo nadie;
que en sitio de tanta vida,
¿qué importaba aquel cadáver?
Solo una tarde, una sola,
tomó en la contienda parte,
porque el bueno de Zapata,
siempre mordaz y punzante,
entre un corrillo de gentes
que alababan su donaire,
soltó estas rudas palabras
en són de duro vejámen.

III.

—¿Si le conocí? ¡Pardiez!
¡mucho que sí, vive Cristo!
Nunca usarcedes han visto
un hombre de tal jaez.
Ruin, envidioso, altanero,
de condicion desabrida,
jamás alcanzó en su vida
un amigo verdadero.
Que desde su edad más tierna,
rufian de todo bodigo,
fué eterno huésped y amigo
del figon y la taberna.
Galan de cualquiera Anarda,
ya estudiante, ya soldado,
vivió siempre acompañado

de las gentes de la carda;
que inclinado al regodeo,
buscó amistades en suma
en la nata y en la espuma
de los héroes del bureo.
¿Qué rufian con mayor brillo
sus costumbres describió?
¡Cuenten su gloria si no
Rinconete y Cortadillo!
¿No es cosa que da mancilla
aquel relato sin tasa
de cuanto sucede y pasa
en la cárcel de Sevilla?
¿No es propio de una persona
que bajos sitios frecuenta,
su afición á toda venta,
su amor á toda fregona?
¿No es cosa desatinada,
y que excede á toda empresa,
rebajar á una princesa
á ser moza de posada?

¿Pues quién con mayor empeño
de su ruindad pruebas dió,
cuando á los tunos pintó
en su *Celoso Extremeño*?

¡Pues monta y otra que tal!

¿Quién le vence y le descalza,
cuando celebra y ensalza
la vida del Hospital?

Cuadros de tal condicion,

¿no dicen, voto á mi nombre,
que fué Cervantes un hombre
de muy baja inclinacion?

Forzoso es decir amén

en prosa clara y distinta,

pues solo muy bien se pinta

lo que se siente muy bien.

¡Pues digo!.... ¿No prueban nada
las gentes de su *Quijote*?

¡El corchete..... el galeote,

el ventero, la criada,

maese Pedro, el bachiller,

el capellan, el barbero,
el pastor, el arriero,
las doncellas de alquiler!
Y como si fuera poco
tanto y tanto disparate,
dos héroes de gran quilate,
¡un majadero y un loco!
¿No declara su ruindad
el fiel retrato que encierra,
aquel mozo que á la guerra
iba por necesidad?
¡Pues digo si fué altanero
y de condicion esquiva,
el cardenal Aqua-Viva
que fué su amparo primero!
¿Á Italia no le llevó
de su ingenio aficionado?
¿Pues cómo por ser soldado
del cardenal se apartó?
¡Juro á Dios que no le abona
decision tan extremada;



que dejó una casa honrada
por correr la *vita bona!*....
Si lidió con gran quebranto
cuando en Lepanto lidió,
¿cómo el rey no le premió
cuando volvió de Lepanto?
Cuentan que estuvo en Argel
algunos años cautivo:
pero tornó, ¡y por Dios vivo
que nadie se acordó de él!
Y pues no logró el favor
que del rey se prometia,
es que el rey no le daría
por hombre de gran valor.
Por eso asaz contrariado
volvió á Sevilla mohino;
¡y fué, hallarlo en mi camino,
encuentro bien desdichado!
Pues farsante de aleluya
tales comedias me dió,
que logré una silba yo

por cada comedia suya.
Perdónele el cielo, amén,
mi desdicha sin igual;
que si yo lo hice muy mal,
él, á fe, no lo hizo bien.
Reñí con él, vive Dios,
á causa de tales daños,
y hasta despues de mil años
jamás nos vimos los dos.
Encontréle aquí en Madrid
abrumado con exceso;
y supe entonces que preso
estuvo en Valladolid.
Achacáronle la muerte
de un Don Gaspar de Ezpeleta,
galan, bizarro, poeta,
y espadachin de gran suerte.
Nadie sabe la razon
que medió en lance tan sério;
la cosa está en el misterio,
mas dicen que hubo traicion.

Despues circuló otra hablilla;
pues se refiere y comenta,
que á causa de cierta cuenta
fué preso en Argamasilla.
Lo que hubiere en ambos casos,
no lo sé; mas yo aseguro
que fué en su conducta oscuro
y hombre de muy malos pasos.
Y algo de verdad habria
en todo cuanto le infama,
cuando á pesar de su fama
el mundo entero le huia.
Pues harto sabido es
de propios como de extraños,
que ni el curso de los años,
ni su renombre despues,
lograron al fin borrar
las huellas de su pasado;
que á ser hombre más honrado
no hubiera aquí que contar.
¿Mas quién ignora el por qué

de la fama de su historia?
¿No está aun fresca la memoria
de su torpe *Buscapié*?
¿No logró con tal ardid
y tocando tal resorte,
herir á toda la córte
y á los grandes de Madrid?
¿No vió en su rüin intento
y en su insolente osadía,
que, hecho Quijote, embestia
contra molinos de viento?
¿No recordó en su venganza
que, autor de sus propios daños,
lidiaba con los rebaños
que vió un dia Sancho Panza?
Por eso al verle en tal brega
pusiéronle el rostro acedo
Don Francisco de Quevedo
y el buen Frey Lope de Vega.
Por eso á las turbias olas
de aquel mar alborotado,

dejáronle abandonado
los hermanos Argensolas.
Por eso no halló Mecenas
que le otorgara favor,
que el que vive sin honor
muere á manos de sus penas.
Tiempo há ya que no lo veo;
¡pero tal Cervantes fué!
—¿Ha muerto?—Yo no lo sé.
—Si ha muerto, ¡en paz, y *laus Deo!*—

Rompió al terminar Zapata
el concurso en risas tales,
que hay quien dice que sus ecos
se oyeron hasta en el Cármen.
Mas alzándose el anciano
en guisa de replicarle,
las risas fueron silencio
y atencion la bulla de ántes;
que era tal su continente,

su voz tan solemne y grave ,
que impuso á todos respeto
cuando pronunció estas frases.

IV.

—Perdonad, buenos hidalgos,
que tercié yo en este asunto,
que en honor de ese difunto
hay que hablar algo, y aun algos.
La suerte con él ingrata
aun le acosa y escarnece;
mas yo sé que no merece
las diatribas de Zapata.
—¿Le conoció vuesarced?
preguntó el Zoilo enemigo.

—Fué en la tierra tan mi amigo
del cielo por la merced,
(repuso el viejo con calma),
que os puedo jurar, por Dios,
que fuimos siempre los dos
un solo cuerpo y un alma.

—¿Un solo cuerpo?

—¡Pardiez!

Con él viví tan unido,
que su propia sombra he sido
en la infancia y la vejez.

—¿Su propia sombra?

—¡Y aun más!

Y aquí Zapata muy listo
dijo:—¡Pues juro por Cristo
que no os ví con él jamás!

—Pues yo, su amigo más fiel,
os devuelvo la partida;
que él jamás os vió en su vida,
y aun hay más, ni vos á él.—

Zapata dando un rebote

exclamó:—¿Cómo que no?

¿Pues á quién le debo yo
el mote de Don Quijote?

¿En quién pensó sino en mí
cuando trazó su figura?

¿No dice mi catadura
que yo su modelo fui?

—Deje usarced la honra queda
del autor original,

que si en vos pensó algun tal,
juzgo que fué Avellaneda.

Que al veros del pié al copete
puede decir el más zote:

“Este no es aquel *Quijote*
del ilustre Cide-Hamete.”—

Y aquí una gran carcajada
el coloquio interrumpió;

tanto, que Zapata echó
con furia mano á la espada.

Dió el anciano un paso atrás
y dijo erguido y derecho:

—Eso mismo que habeis hecho
me lo prueba más y más.

Que nunca Alonso Quijano,
que fué hidalgo y caballero,
hubiera olvidado el fuero
que se debe á todo anciano.—

Y ante el supremo desdén
de aquel viejo contra un mozo,
gritó el concurso con gozo:

—“¡Muy bien, hidalgo, muy bien!”—

Y otro gritó:—“Atrás la escoria
que infama á los comediantes;
hable usarced de Cervantes
pues sabrá mejor su historia.”—

Y aprestado para oír
se agrupó el concurso atento,
y alzando el viejo su acento
así comenzó á decir:

—“Dios que el espacio ilumina,
foco en quien todo se encierra,
Criador del cielo y la tierra

que el mar refrena y domina,
cuando pretende mover
el mundo á su ley sujeto,
para que llene su objeto
forma de la nada un sér.
Y envuelto en carnal sudario,
de un soplo al mundo le envia,
y le hace correr la vía
de su sangriento calvario:
de ese manantial de bien,
de tristísima memoria,
que abre camino á la gloria
desde el Portal de Belen.
Y en pos de la eterna luz,
como un ángel desterrado,
va por el mundo cargado
con el peso de su cruz.
¿Quién sabe lo que ese sér
sufre errante y peregrino
en el penoso camino
que Dios le obliga á correr?

Pisando zarzas y abrojos,
siempre devorando agravios,
con la sonrisa en los labios,
y con el llanto en los ojos,
á cada paso que da
brotaba una herida en sus piés:
¿qué importa saber quién es,
á qué viene y dónde va?
Con daño el bien que desea
paga el mundo en su delirio;
que ¿cuándo no halló el martirio
el apóstol de la idea?
¿Cuándo sin áspera saña
no fué ese sér maltratado,
hasta llegar destrozado
del Gólgota á la montaña?
¡Ay! solo cuando en la cruz
el mundo le ve sin vida,
y advierte que cada herida
derrama un rayo de luz,
entonces es cuando ardiente

lanza el mundo un alarido,
y humilde y arrepentido
hunde en el polvo su frente.
¡Tardo pesar!—¡tarda fe!—
¡siempre despues!—¡jamás ántes!—
¡Tal, hidalgos, de Cervantes
la triste existencia fué!—
Nació pobre, á la verdad;
huérfano cruzó la tierra,
y le condujo á la guerra
la dura necesidad.
Sujeto á la estrecha ley
y al rigor de la milicia,
fué su norte la justicia,
su amor la patria y el rey.
Por ambos con gran quebranto
allá en Lepanto lidió;
si mercedes no adquirió,
honra conquistó en Lepanto.
Que para eterna memoria
de su aliento soberano,

ganó, al perder una mano, obana la Asnal
su más noble ejecutoria. y humilde y mudo y
Siguiendo su negro sino donde en el polvo
tras una y otra fatiga, — ¡Fartó pesar! —
tiñó con sangre enemiga siempre después
las aguas de Navarino. Tal, hidalgos, de
Como hidalgo y español la triste existencia
cumplió con lo que debía; Nació pobre á
y al tornar á España un dia huérfano cruz
en la galera del *Sol*, y le condujo á Argel
cautivo y llevado á Argel la dura necesidad
sufrió dolores sin cuento;— Sujeto á la esclavitud
y cállome aquí un intento y al rigor de la
que saben el cielo y él: fue su norte la guerra
que á no haber sido infecundo su amor la
por culpas de un renegado, for amos con
juzgo que el pobre soldado ella en España
hoy fuera asombro del mundo. — si mercen
Después de lances tan varios honra con
recobró su libertad: Que para gloria
¡Dios premie la caridad de su aliento

de los Padres Trinitarios!
Esa celestial legion
que, haciendo al infierno guerra,
es la virtud de la tierra,
gloria de la religion.
Tornó, pensando encontrar
lleno su hogar de alegría:
¿mas cuál su pesar sería
viendo desierto su hogar?
Lloró con dolor profundo
la muerte de un padre anciano;
pobre y ausente su hermano,
sin madre y solo en el mundo;
¿Qué hacer? con hondo clamor
pidió amparo á cielo y tierra;
¡mas cuánto se engaña y yerra
quien pide al mundo favor!....
¡El mundo!.... ¡eterno ruido,
vanidad y engaño eterno!....
¡imágen fiel del infierno!....
¡negra mansion del olvido!

¿Quién le demanda consuelo
ni funda en él su esperanza?

—El consuelo no se alcanza
sin la intervencion del cielo.—

Solo, pobre y sin abrigo

tornóse á Dios soberano,

con la fe de un buen cristiano,

con la humildad del mendigo.

Dios le señaló su cruz,

trazóle su propia vía,

y él con gozo y alegría

siguió el rastro de su luz.—

Teniendo al hombre en muy poco,

quiso, con osado acuerdo,

hacer al mundo más cuerdo

con el ejemplo de un loco.

Vana empresa y ciego afan,

que el hombre enfermo y sin cura,

vive en perpétua locura

desde el pecado de Adan.

Por eso con rudo azote

el mundo le maltrató;
y es que con ira se vió
retratado en el *Quijote*.

Espejo cuyo cristal
espanto y dolor inspira,
que en él pintada se mira
la locura universal.—

Porque, ¿á quién no se le alcanza
que en todo sér hay de loco
del buen Don Quijote un poco
y un poco de Sancho Panza?

¿Quién no afirma en buena ley
que en ese mundo enemigo,
la locura del mendigo
es igual á la del rey?

Si por esta conclusion,
así á Cervantes se trata,
yo os digo, señor Zapata,
que hablais con poca razon.

Si el mundo con ruin malicia
por hombre infame le dió,

sabed que el mundo mintió,
pues le abonó la justicia.

Que nunca halló, voto al Cid,
para causarle mancilla,
delito en Argamasilla,
razon en Valladolid.—

Y otra vez, con más acierto
hablad del pobre cautivo,
que no sienta mal á un vivo
hablar con honra de un muerto.

Y no digo más, que es tarde,
y tanto hablar me fatiga.—

¡Zapata, Dios os bendiga!

¡Hidalgos, que Dios os guarde!

Perdonad si anduve vano
sus glorias al relatar,

que harto debe perdonar

la mocedad á un anciano.—

Y ocultando en el embozo
de su rostro la afliccion,
por la calle del Leon
se entró lanzando un sollozo.

Y con pena sobrehumana
esto murmuró entre sí:—

“Si hoy me difaman así,
¿quién podrá honrarme mañana?”

Quedóse el concurso mudo
despues de palabras talés,
como el que escucha una historia
que no tiene desenlace.

—¿Quién es ese? dijo uno;—

y otro dijo:—No se sabe.—

—¿Qué apostamos, buen Zapata,
á que ese viejo es Cervantes?—

Zapata escuchando aquello
se metió por otra calle,
sin responder la pregunta
ni satisfacer á nadie.

Mas irritado el concurso
 contra su indigno vejámen,
 le dió la silba más alta
 que ha llevado comediante.

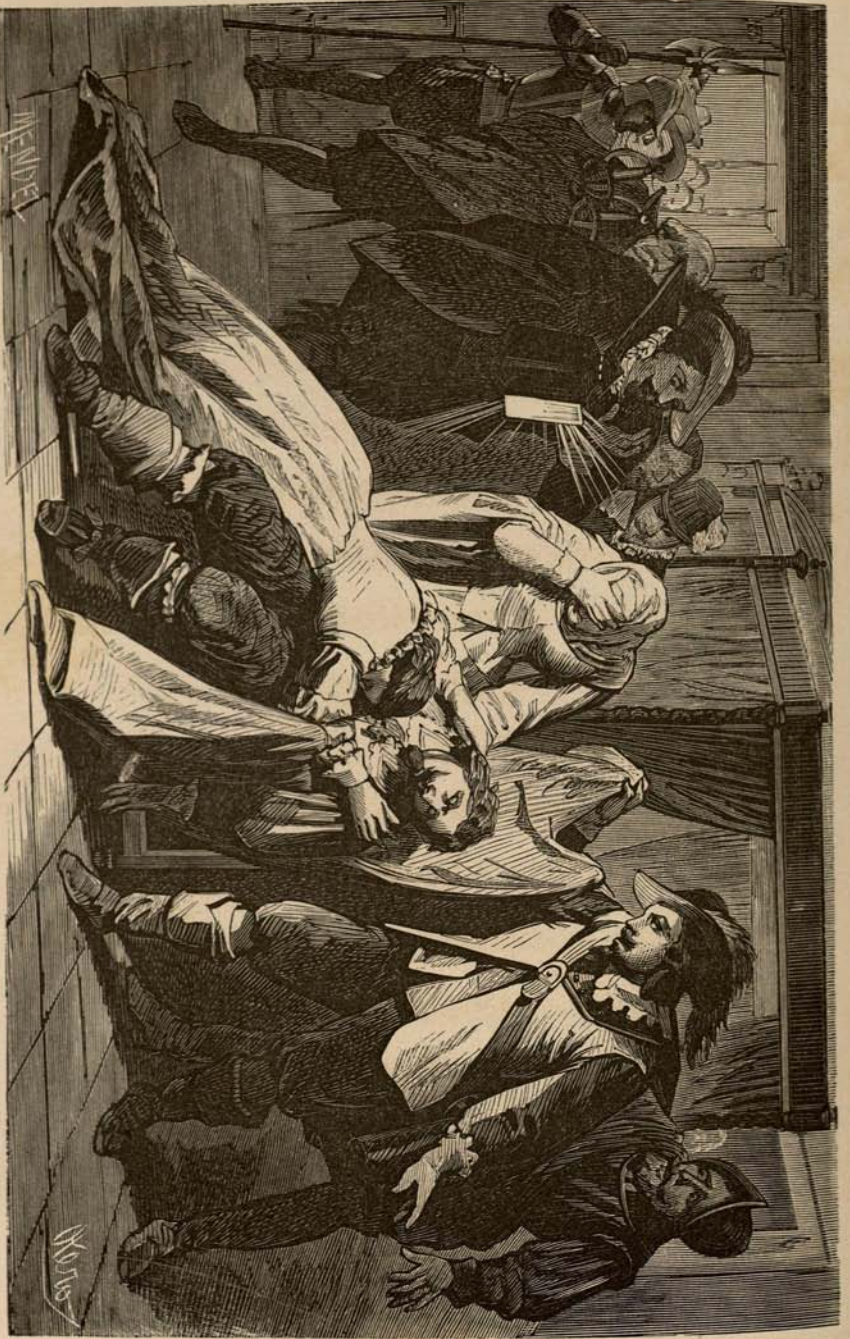
EN LA SOMBRA.

1620.

*Si ese tal hombre ha entrado en esta casa, no
á lo menos en esta estancia.*

CERVANTES.—**Persiles y Sigismunda.**





EN LA SOMBRA.

EN LA SOMBRA.

I.

—Oye una vez los consejos
de una madre que te ruega ;
da, César, por esta noche
á tus diversiones tregua.
La noche amenaza lluvia,
los aires del Norte hielan ;
por las calles de la villa
no andará un alma siquiera.
¿Por qué abandonas tu casa ?
¿por qué tan sola me dejas ?
Mira que no está la noche
para músicas ni fiestas,

y que á más siento en el alma
recelos que me atormentan.

Las calles están oscuras,
solitarias las plazuelas,
los malhechores no duermen
y la justicia no vela.

Á cada sol que amanece
se sabe una historia nueva,
y asustan ya tantos muertos
como en la córte se cuentan.

Cada esquina es un peligro,
un lazo cada calleja,
cada hueco una amenaza
y una sima cada puerta.

Las cruces que á cada paso
designan una tragedia,
advirtiendo al confiado
la precaucion recomiendan.

Signos son que dicen mucho,
que á entenderlos quien debiera,
no estuviera la justicia

tan callada y satisfecha.

¿Por qué, pues, en estas noches
en ir de ronda te empeñas?

¿No ves que al dejarme sola
me dejas también inquieta?

—¡Eh!.... no temais, madre mía,
que pronto estaré de vuelta,
pues llevo un broquel conmigo
y espada que me defienda.

—¡Necio!.... ¿qué vale la espada
contra el que á traición acecha?

—Mucho, madre, si es valiente
quien la ciñe y la maneja,
que á cualquier mortal osado
se ataja el paso con ella.

—¡Loca vanidad de mozo!....

¡Ay, mucho mejor te fuera
quedarte en casa esta noche

que me asusta y me amedrenta!

—¡Qué aprensiones más cobardes!....

¡Nunca os ví de esta manera!

¿No salgo todas las noches?

¿Pues qué recelais de aquesta?

—No sé; mas siento en el alma una angustia y una pena, que parece que me avisa de alguna cosa funesta.

—¡Bah! temores mujeriles que en vos madre me avergüenzan, pues siempre me habeis mostrado tener el alma serena.

—¡Ay! sí; pero aquesta noche.....

—¡Dale con la noche!.... ¡Es tema!

—¿Qué tienes, hijo, en la calle, que así á la calle te lleva?

—¿Quereis saberlo?

—Lo quiero.

—Pues lo diré, estadme atenta:—

En la calle de las *Flores*

hay madre una flor tan bella,

que su perfume me encanta,

que su brillo me embelesa.

Es una niña de á veinte
tan bizarra como honesta,
tan noble como bizarra,
y como honrada discreta.
Girasol de su hermosura
la sigo por donde quiera,
y ella me paga en sonrisas
lo que la digo en ternezas.
Si á sus balcones se asoma,
debajo de ellos me encuentra;
y cuando sus rejas abre
me encontrará junto á sus rejas.—
Apénas el sol se pone
mi vida queda en tinieblas,
pues cuando llega la noche
todo en su casa se cierra.
Alguna vez á deshora
acaso una luz refleja
al través de sus cristales
su sombra vaga y ligera;
y yo por ver esa sombra,

rayo de un sol que me quema,
rondo su calle de noche
con ánsia tal, fe tan ciega,
que aunque á veces no la veo
pienso que la tengo cerca.
Costumbre ó ley imperiosa
de mi puro amor es ésta;
la noche que no la cumplo
está mi espíritu en vela,
y á vueltas conmigo mismo
me empeño en mortal pelea,
que de mí mismo reniego,
y maldigo de mi estrella.
Éste, madre, es mi secreto,
y si no quereis que muera,
no impidais que á cumplir vaya
con esta ley que me fuerza,
que amor es Dios soberano
y yo cedo á su obediencia.
—¡Tal afan por una sombra!
¡Tal riesgo por tal quimera!

—¡Quimera!.... ¿pues qué es la vida?

¿No es una ansiedad perpétua

que nos lleva eternamente

tras una sombra cualquiera?

¿Qué es la esperanza del hombre?

¡Vago fantasma que vuela,

que alcanzar el hombre quiere

y nunca á alcanzarle llega!

Si esa es, madre, mi esperanza,

dejadme correr tras ella;

¿qué me importa no alcanzarla?

Lo que á mí me importa es verla.

—Está bien..... ¡juventud loca!

¡con qué poco te contentas!....

Á Dios, pues, y vuelve pronto,

mira cual tu madre queda.

—No temais, madre, no tardo.

—¡Á Dios, pues, y hasta que vuelvas!

—¡Realice Dios mi deseo!

—¡Quiera el cielo que la veas!

Salió rebozado el mozo
en una capilla negra;
quedó la madre escuchando
sus pasos junto á la puerta;
y retirándose á poco
llena de ansiedad extrema,
murmuró dando un suspiro,
y moviendo la cabeza:
—¡Plegue á Dios que esta salida
no nos traiga consecuencias!—
Y la puerta abandonando,
aunque dejándola abierta,
cruzó tres salas sombrías,
y, en una estancia bien puesta,
vestida se echó en el lecho
en guisa de quien espera.

II.

La noche estaba callada ,
el cielo triste y sin luna ,
las calles de Madrid sordas ,
y la de las *Flores* muda.
Llegó á esta calle el mancebo
soñando amor y venturas ,
lleno el pecho de esperanzas
y de amorosas angustias.
Clavado como una estátua
de una puerta en la penumbra ,
aguardaba el dulce instante
en que una ráfaga pura
dibujase de su amada
la sombra vaga y confusa.

¡Vana esperanza!.... En la casa
no brillaba luz alguna;
envuelta en silencio y sombras,
imágen fiel de una tumba,
empotrada entre otras casas
se alzaba su masa ruda,
severa, imponente y grave,
callada, triste y oscura.

—¡Llegué tarde!.... dijo el mozo;
todo cuanto miro, anuncia
que el bien que adoro descansa,
que el sueño mi dicha anubla.

Cerradas están sus puertas;
ni un mal rayo se vislumbra
que anuncie que esté en vigilia
la que mi esperanza busca.

¿Qué se ha de hacer?.... ¡Llegué tarde!

¡Mal haya, amén, mi fortuna!

¿Qué haré para que mañana

no pueda caberla duda

de que frente á sus balcones

he buscado su figura?....
Una pluma del sombrero
haré que venga en mi ayuda,
que al verla atada á sus rejas
sabr  de quién es la pluma.
Tierna le dir  en silencio,
cuando   recogerla acuda,
que así cual ella esta noche
  merced del viento ondula,
mis amantes esperanzas
en torno suyo fluctúan,
lanzando vagos suspiros
que su sueño dulce arrullan.
Tal vez en su seda t nue
ponga sus labios de púrpura,
pagando en un beso honesto
las  nsias que me atribulan.
  Ay! por si acaso su afecto
  tal delirio la empuja,
justo es que ponga mi boca
donde ella pondr  la suya. —

Y dando al airon un beso
lleno de intensa ternura,
ató la pluma á sus rejas,
dejándola casi oculta
entre unos tiestos de flores
esmaltados de verdura.
Satisfecho, al cabo, el mozo
de aquella amorosa astucia,
emprendió su vuelta á casa,
si bien con cautela suma.
Llevaba el broquel delante,
la espada en guardia y desnuda
como el que espera un ataque
y se anticipa á la lucha.
Precauciones necesarias
en tiempo tal, más que nunca,
que eran en Madrid entonces
las ocasiones muy bruscas,
las emboscadas frecuentes,
y las catástrofes muchas.
Y fué el caso que el mancebo

que iba á paso de andadura ,
al revolver de una esquina,
y embebecido sin duda,
en el pecho de otro mozo
hincó la espada de punta.
Echóse atrás el tocado
con inusitada furia,
y juzgando aquel ataque
emboscada de un *escucha*,¹
lanzando un ¡voto al demonio!
con acento de iracundia ,
sobre el mancebo amoroso
cayó con rabia sañuda.
Fué la riña muda y breve,
la conclusion tremebunda;
pues resonando en los aires
un *ay* de mortal angustia,
cayó un mozo desplomado
y el otro tomó la fuga ,

¹ Nombre con que se designaba entre las gentes de la carda á los salteadores de noche.

al tiempo que al mismo sitio
en són de paz y de ayuda,
de alguaciles y corchetes
llegó la ronda nocturna.

III.

Azorado el fugitivo
halló en su carrera incierta
á su refugio incentivo,
que encontró una casa abierta
y entró más muerto que vivo.
Y era ya el caso apremiante,
pues sin perderle de vista
y ansioso de echarle el guante,
iba un corchete anhelante

como un perro tras su pista.
La negra puerta empujó
el fugitivo acosado;
un breve patio cruzó,
otra puerta abierta vió
y se entró por un estrado.
Mucho más dentro lucía
un velon con ténues dejos,
que en dulce melancolía
en otra sala vertia
sus moribundos reflejos.
Dudó el mozo lo que hacer
ante el turbio rosicler
de aquella llama apacible:
¿mas qué hacer si era imposible
sobre sus pasos volver?
Tomando al cabo la llama
por direccion de su huella,
entró en un cuarto con cama,
y mal reclinada en ella
halló al entrar una dama.

—¡Eh!.... ¿quién va? ¿quién anda ahí?
preguntó con voz sonora
la dama volviendo en sí.

Y él dijo:—Perdon, señora,
no tengais miedo de mí.

No os asustéis de este acero;
soy un noble, un caballero,
que busco asilo por suerte,
que he dado á un hombre la muerte
y huir del castigo quiero.

Me asaltó cerca de aquí,
matéle en defensa, huí,
la ronda al punto llegó,
un corchete me siguió
y viene cerca de mí.

Acaso me ha visto entrar
y entrar tras de mí procura:
dadme asilo en vuestro hogar,
y os dé Dios tanta ventura
como arenas tiene el mar.—

La dama en honda emocion

exclamó toda azorada:

—¡Dios sabe vuestra intencion!

pero entrad, no temais nada,

que tengo buen corazon.

Alzad el tapiz del lecho,

y entrad en un hueco estrecho

que ahí vereis, y orad á Dios;

que ántes que os toquen á vos

tendrán que pasarme el pecho.

—Dios premie vuestra virtud,

dijo el mozo, tan sin tasa,

cual será mi gratitud.—

Y en ésto la multitud

entró gritando en la casa.

Mas la dama apercebida

de aquel murmullo deshecho,

corrió la tela tupida,

y tornó á echarse en el lecho

fingiendo hallarse dormida.

Entró luégo desolada

una dueña ó camarista

mal vestida y desgreñada ,
y exclamó con voz ahogada :

—¡ Señora!.... ¡ Dios nos asista!....

—¿ Qué es eso? la dama dijo ,
alzándose de la cama ;

¿qué indica són tan prolijo?....

—¡ Ay!.... gritó la vieja al ama :

¡ que traen muerto á vuestro hijo!

—¡ Á mi hijo!.... ¿ ese rumor
es por él?

—¡ Ay!.... sí por cierto,
la contestó con dolor:—

Y la madre en su estupor

murmuró espantada:—¡ Muerto! ...

—

Siguió un silencio profundo

á este acento moribundo ;

y tras el tapiz movido ,

se oyó un ligero gemido

como un eco de otro mundo.

Tornó al punto la cerviz

la dama; miró al tapiz
con ojo airado y sombrío,
y absorta exclamó: —¡Dios mio!
¿Hay madre más infeliz?

IV.

En esto se entró en la estancia
el alcalde con su ronda,
y ante dolor tan intenso
calló la justicia toda.
Era el alcalde algo deudo
de aquella ilustre matrona,
y quiso en s6n compasivo
templar su ruda congoja. —
—Duélome, dijo al mirarla,

de venir aquí á estas horas,
y duélome de la causa
que el corazón os destroza.

—¿Luego es cierta mi desgracia?

repuso la madre torva:—

Y el alcalde enternecido

dijo:—¡Es muy cierta, señora!....

Yo bien quisiera, á fe mia,

evitar aquí la fórmula

á que la ley nos sujeta

cuando ocurren estas cosas.

Mas la ley en estos lances

es cuanto dura imperiosa,

y exige forzosamente

que al muerto se reconozca.

Vos sabeis que le conozco,

pues lo trataba en persona,

mas no sabeis que en la causa

es circunstancia preciosa

que la identidad del muerto

se funde en prueba notoria.

Vos sois su madre, y es fuerza
pasar por tal ceremonia,
que en cabeza del proceso
debe ponerse por obra.

—Entradlo, dijo la madre
angustiada y fervorosa;
entradlo, señor alcalde,
no temais, valor me sobra
para afrontar mi desdicha
y hacer cuanto hacer me toca.

—Pues entre, dijo el alcalde
con voz conmovida y pronta.—

Y á este mandato supremo,
en procesion pavorosa
entraron cuatro corchetes
suspendiendo una poltrona,
en la cual iba el cadáver
de Don César de Mendoza.
Al verle, lanzó la madre
un rugido de leona,
y sobre el cuerpo del muerto

cayó sollozando loca.

Ante aquel pesar tan rudo

y aquella angustia tan honda,

lloraron todos los ojos,

callaron todas las bocas.

Y era el silencio tan grave,

la escena tan muda y sorda,

que al pasar se hubiera oído

hasta el vuelo de una mosca.

Al cabo de un largo rato

de suspiros y congojas,

se alzó la doliente madre,

muda, alelada y absorta;

besó los labios del muerto,

besó su frente marmórea,

y tornándose al alcalde

repuso con voz sonora:

—¡Mi César es!... ¡hijo mio!

¡Dios te haya dado su gloria!...

—Sacadlo, exclamó el alcalde.—

Y ella con voz fatigosa,

dijo á sus deudos:—Llevaldo,
y haced sus últimas honras:
no importa que en sus exequias
se gaste mi hacienda toda.

¿Para qué quiero yo hacienda
si quedo en el mundo sola?

—Perdonad, dijo el alcalde
cuando vió salir la ronda,
si os molesto todavía
con otra prueba enojosa.

—Mandad, repuso la madre;
y él la replicó:—Señora,
por un alguacil de corte
que ha corrido tras la sombra
del matador de ese mozo,
que ya del empíreo goza,
se sabe que en esta casa
entróse á tontas y á locas
el autor de esta tragedia
tan sangrienta y dolorosa.
Salir no le ha visto nadie,

conque es fuerza que se esconda
en algun punto apartado
de casa tan anchurosa.

Dejadme que la registre,
dejadme que la recorra,
que al hallarlo, mi justicia
os dará venganza pronta.

—Registrad, dijo la dama;
¿mas qué la venganza importa?

La desgracia que lamento
no se deshará con otra.

Mandad que sola me dejen,
que aquí testigos me sobran;
mi dolor quiere estar solo
sin que nadie se le oponga.

—Nadie vendrá á molestaros,
que mi palabra lo abona:

Llorad, y Dios os dé fuerzas
en la pena que os ahoga.—

Dijo el alcalde, y al punto
salióse á la estancia próxima,

cerrando detrás la puerta
con violencia estrepitosa.
Y al verse sola la madre,
dominando su zozobra
fué al tapiz, tendió una mano
vacilante y temblorosa,
y al matador de su hijo
habló así con la voz ronca.

V.

(El oculto detrás del tapiz, y ella fuera).

—Matador del bien que lloro,

¿teneis madre?

Él dijo:—Sí.—

—¿La quereis mucho?

—La adoro.

—¿Y ella á vos?

—Soy su tesoro.

—¡Como el muerto para mí! (*Rompe á llorar.*)

—Tomad, señora, mi espada. (*La asoma por el tapiz.*)

—¿Para qué?

—Pasadme el pecho, (*Con dolor.*)

que os reconozco agraviada.

—¿Y remediaré vengada (*Desesperada.*)

el daño que me habeis hecho?

—¡Ah! matadme, por favor.

—¿Y con mataros qué gano?

—¡Calmar tan justo dolor!

—¡Ay! no cabe en pecho humano
sentimiento tan traidor.

—Entregadme al juez. (*Con despecho.*)

(*Con dignidad.*)—No á fe.

—Cuidad que voy á gritar

que fui yo quien lo maté.

—¿Y me vais á deshonrar

porque en mi cuarto os guardé?

—¡Ah! no, dejadme salir.

—Saldreis cuando bien me cuadre.

—¡Si es que me quiero rendir! (*Desesperado.*)

—¿Pues cómo, teniendo madre,
quereis hacerla morir?

—¡Pobre madre! (*Solloza.*)

—¿Estais llorando?

—¡Me aflige vuestra querella!....

—Pues si en eso estais pensando,

¿cómo no doleros de ella

al ver lo que estoy pasando?

—¡Por Dios que teneis razon!

mas ¿qué os mueve á compasion
para salvarme la vida?

—¡Ay! es que he visto la herida
y no fué dada á traicion.

—No, ni á traicion ni en acecho (*Con calor.*)

le maté, por Dios lo juro;

fué el lance en un sitio estrecho,

y al caminar por lo oscuro

sentíme rasgado el pecho.

—¿Y herido estais? (*Con espanto.*)

(*Enseña una mano.*)—Ved la muestra.

—¿Qué es lo que mostrais ahí?

—Primicias de la palestra ,
sangrienta la mano diestra
que oprime mi herida aquí.

—¿Os sentís desfallecer? (*Con ternura.*)

—Aun no.

—Si os podeis valer ,
¿jurais salvaros y huir?

—Juro; mas no he de salir
sin vuestro nombre saber.

—Nunca. (*Con firmeza.*)

—¡Dejad que me asombre !

—Sellad el labio, buen hombre ,
que exigis un desvarío ;
yo no quiero dar mi nombre
ni el vuestro saber ansío.

—Quiero el vuestro bendecir.

—Yo el vuestro quiero ignorar,
que al saberlo, sin sentir
pudiérale maldecir,
y os pudiera denunciar.

Y porque más confiado

vivais, con cautela rara,
de ese lugar recatado
quiero que salgais tapado
para no veros la cara.

¿Lo oís? (*Con energía.*)

(*Resignado.*)—¡Vuestro esclavo soy!....

llenaré vuestros antojos.

—¿Estais cubierto?

—Lo estoy.

—Pues ved que de espaldas voy

(*Se dirige á una puerta secreta.*)

para alivio de mis ojos.

Que si os llegasen á ver

y recordasen la ofensa

que aquí me acabais de hacer,

dudo que en vuestra defensa

os pudiera Dios valer.

—Ya salgo

—Seguid en pos.

—Ya os sigo.

—¡Noche funesta! (*Se cubre el rostro.*)

—¡Qué noche para los dos!

—Salid por la puerta aquesta.

—Á Dios, señora. (*Saliendo.*)

(*Sin mirarle.*)—Id con Dios.—

Sonó el ligero estallido

de una llave algo apretada:

salió el matador huido,

y la dama acongojada

lanzó al cerrar un gemido.

Y á solas con su orfandad,

mirando al cielo exclamó:

—¡Dios mio, Dios de bondad,

ante tu inmensa piedad

aun soy muy pequeña yo!

LA MAYA.

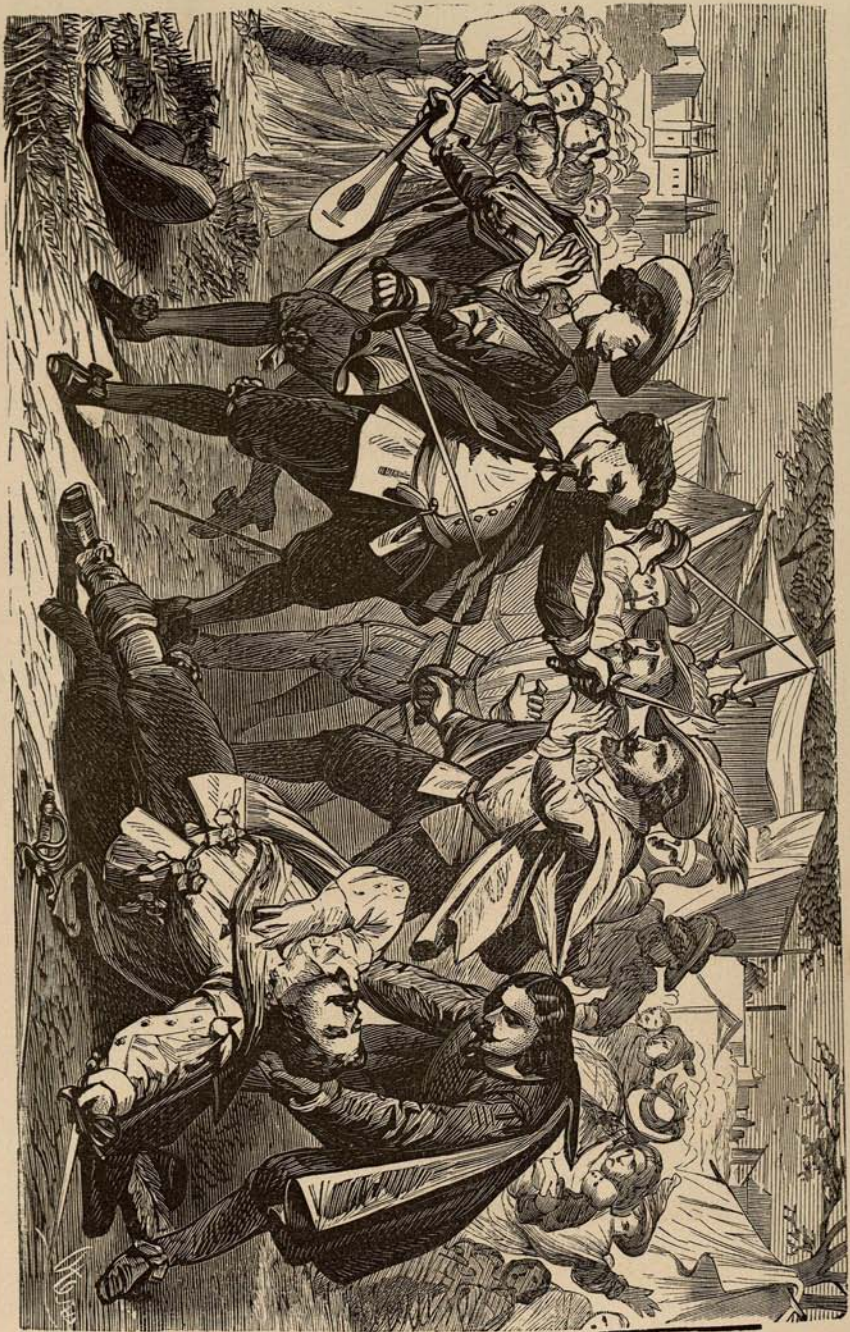
1621.

*Alamos del soto,
¿dónde está mi amor?
Si se fué con otra,
moriréme yo.*

LOPE DE VEGA.—Santiago el Verde.



LA MAYA.





LA MAYA.

I.

No tiene el sol mejor rayo,
ni de luz más bienhechora,
que el rayo aquel que colora
la primer alba de Mayo.
Pues tanta vida y calor
sobre los campos derrama,
que apenas hay una rama
que no se convierta en flor.
Y es que Dios, desde su asiento,
con la aurora de ese día,